

NOTA EDITORIAL

La publicación del número 5 de *Cuadernos de Pensamiento Político* de la Fundación FAES coincide en el tiempo con un momento que se presta a hacer balance. A hacerlo para establecer el efecto que han tenido, están teniendo o pueden llegar a tener iniciativas y proyectos políticos ideados y gestionados por la izquierda y por los partidos nacionalistas, y también para contrastarlos con los que, dentro y fuera de España, son patrocinados por la derecha liberal.

El Plan Ibarretxe ha sido el centro de la legislatura que ahora termina en el País Vasco. Un plan cuya sorprendente gestación y cuya aprobación parlamentaria permiten comprobar que lejos de constituir un proyecto para la convivencia en el País Vasco, es realmente un acto de confrontación y de exclusión impulsado por ETA, un paso más en el largo camino que han seguido quienes saben que el Estatuto de Autonomía permite la vida libre y democrática y precisamente por eso pretenden su voladura; otra dura prueba para quienes, por lo mismo, tratan de preservarlo. Como afirma Santiago González en *Esto no es plan*, sus promotores no han logrado obtener el apoyo de ninguno de los sectores o partidos a los que pretendían atraerse, y, sin embargo, continúan reclamando para él la consideración de proyecto común del conjunto de la sociedad vasca, a la que una vez más identifican con el dogma nacionalista.

Un dogma que parece haberse enraizado con fuerza en la sociedad catalana. Más de un año después de la victoria del PSC y de la formación del tripartito, el gobierno catalán no sólo no ha sabido descargarse del peso de la herencia pujolista sino que parece dispuesto a preservarlo y aun a fortalecerlo. Lo que constituye una perversión del proyecto originario de la izquierda, que parece dispuesta a abrazar la retórica y la práctica nacionalistas como medio para paliar su vacío ideológico. Es un escenario decepcionante para quienes esperaban de la derrota electoral de CiU una transformación de las políticas y de la política catalanas. Y

la confirmación de que la pretendida reforma estatutaria no es más que una manera de disfrazar la insolvencia del gobierno tripartito y de dar la impresión de que se encamina hacia alguna parte lo que está parado por la falta de un proyecto, más allá del chantaje al Gobierno de Zapatero que de cuando en cuando escenifica descaradamente ERC. En definitiva, un gobierno que Arcadi Espada define como *obsceno*, apartado de lo que hace de la política una actividad digna y noble. Degeneración que, como afirma Miquel Porta Perales en *La ciutat del bé. Un balanç del Fòrum Universal de les Cultures Barcelona 2004*, permite que la izquierda «progresista» eleve el estereotipo –que no pregunta ni responde, y que alimenta la autosatisfacción del público– a categoría de pensamiento, además pretendiendo que sea indiscutible.

El caso catalán es una muestra más de lo que parece ser hoy un proyecto compartido por el conjunto de la izquierda, el que explica Antxón Sarasqueta en *El proyecto de la izquierda para España*, fundamentado en la consolidación de su dominio ideológico sobre la opinión pública y en la utilización táctica de cualquier movimiento, organización o idea que contenga alguna propiedad contraria al concepto de España como territorio de libertad personal y de defensa de los valores y los comportamientos que definen a las democracias liberales. Un proyecto en negativo, de demolición; una coalición anti-PP y anti-constitucional, o antisistema, si se prefiere. De cuyo impacto sobre la solidez y la cohesión del sistema político español podemos comenzar a hacernos una idea apenas unos meses después de haberse iniciado la legislatura, inevitablemente sometida a la voluntad y al capricho de quienes han declarado su deseo de hacer desaparecer las instituciones cuyo gobierno ahora ejercen.

Desaparición que lo sería de lo que ya era evidente para Miguel de Cervantes: la existencia de España como concepto político. Porque, como nos recuerda Jon Juaristi en *Cervantes ante los particularismos españoles*, España no es un invento de hace unas horas, y tampoco el mantener una idea de su futuro deseable. El cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* no es sólo la ocasión para rememorar y celebrar una obra maestra universal, sino también para constatar que el preliberalismo cervantino concebía una España unida que sostenía, no estorbaba, la percepción de lo diverso.

Diversidad y pluralidad que contrastan con el apego a lo particular que parece crecer entre nosotros. No sólo particularismo territorial o ideológico, sino particularismo como modo de mirar el mundo: la selección interesada de lo conveniente para hacer de ello un uso particular, y el des-

precio por el resto. Ya sean ideas, textos legales, datos históricos o cualquier otro elemento de la vida social y política, el particularista secciona y mutila la verdad hasta adaptarla para su uso privado. Esa enfermedad del particularismo lleva ahora a muchos a «revisar» nuestra Historia, y especialmente los hechos de la Guerra Civil de 1936-1939, con el ánimo de hallar en ellos el medio para justificar la impugnación de la Transición de los años setenta. Que se trata de un afán particularista y apartado de cualquier intento de perfeccionar nuestro conocimiento de la verdad lo acredita el rechazo que han suscitado las obras de Pío Moa, y las «razones» que lo han justificado. Razones cuya debilidad denuncia Stanley G. Payne en lo que constituye, en realidad, una denuncia de algunos vicios de nuestro sistema universitario y de nuestra «elite» intelectual.

Y no sólo de la española, sino también de la europea y de la iberoamericana, que, como afirma Horacio Vázquez-Rial en *Iberoamérica y las izquierdas*, comparten una deriva hacia el movimiento antiglobalización y populista, muy alejado ya de los objetivos clásicos de la izquierda europea. Pero hondamente arraigada en algunos de los principales Estados europeos, que mediante la quiebra del Pacto de Estabilidad y Crecimiento y el abandono de la Agenda de Lisboa pretenden arrumbar los criterios que permitirían la modernización económica de la Unión Europea y rinden culto a algunos de los tópicos que la han ido llevando a perder el paso de las economías más competitivas y desarrolladas, como lo explica Jaime García-Legaz en *La reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento: un error histórico*. Y esto pese a la evidencia de que algunos de los gobiernos que promueven esa quiebra y la elaboración de un nuevo pacto según los erróneos criterios del Plan Almunia, se encuentran, teóricamente, alejados de la izquierda.

Se trata, en ocasiones, de una mentalidad «estatalista», paternal, que somete a la sociedad civil al dominio del Estado, independientemente del color del partido que se encuentra en el gobierno. Es, según nos explica Philippe Nemo en *Las dos repúblicas francesas* –artículo que tendrá continuación en el número 6 de *Cuadernos*–, el caso del republicanismo francés desde 1958, y, especialmente, desde 1981, en el que las virtudes del republicanismo liberal, que ha predominado en Francia desde 1789, han sido ocultadas paulatinamente hasta verse reducidas en la actualidad a una presencia casi testimonial, aunque sostenida por pensadores y políticos excepcionales.

Ese tipo de pensamiento inhabilita a la izquierda para entender el valor histórico de la «revolución de la libertad» que supo derrumbar el Muro de Berlín y lo que se escondía tras él, ahora hace quince años. Una revolución

que preservó para Europa y para el mundo *El hilo de la libertad*, extremadamente delicado y fino, pero que permite tejer el lienzo sobre el que se pintan las obras más admirables de la humanidad, según nos explica José María Lassalle. Y la inhabilita también para comprender la relevancia histórica de la vigencia del pensamiento neoconservador en los Estados Unidos y en el resto del mundo, especialmente después de la victoria electoral de G. W. Bush en las elecciones presidenciales del pasado mes de noviembre. Ese momento neoconservador que describe Rafael L. Bardají, es en realidad un momento para la esperanza, especialmente cuando se proyecta sobre las sociedades islámicas del norte de África y de Oriente Medio, cuyo futuro demográfico más inmediato, descrito con detalle por R. Sandell en *La demografía de nuestros vecinos*, exige con urgencia que se proceda a su promoción económica y social, y que se rechace cualquier intento de preservar y perpetuar las lamentables condiciones existentes en ellas, de las que la izquierda parece ser valedora, quizás sólo porque el impulso para su transformación proviene de Norteamérica. El multilateralismo como medio para encarar la amenaza del terrorismo islamista y para impulsar el desarrollo de las sociedades islámicas no ha rendido hasta ahora la utilidad que se esperaba de él, probablemente porque, como nos recuerda Javier Rupérez en *La ONU contra el terrorismo*, las organizaciones multilaterales son eficientes en la medida en que sus Estados miembros lo desean, y no todos los Estados presentes en la ONU se han mostrado beligerantes contra el terrorismo, contra el totalitarismo, contra la pobreza y contra el subdesarrollo. Sobre todo algunos de los que con más ardor son patrocinados por la izquierda. El caso de la dictadura cubana, antonomásticamente representado por Raúl Rivero, es un ejemplo claro de esta actitud. En *Gritos tras las rejas. Amor punto final*, Luis Alberto de Cuenca ha prologado y seleccionado algunos de los poemas que el escritor cubano hizo llegar desde su celda a José María Aznar.

El número 5 de *Cuadernos de Pensamiento Político* ofrece, además de los estudios mencionados, la reseña de los siguientes libros: *Los dictadores del pensamiento*, de Denis Jeambar, reseñado por Diego Valverde Villena; *Por un futuro imperfecto*, de Valentí Puig, del que da noticia Xavier Pericay; *¿Derecho de autodeterminación? Sobre el pretendido derecho de secesión del Pueblo Vasco*, de Santiago Abascal Conde, a cargo de Jesús Laínz; *Los nuevos clérigos*, de Enrique de Diego, reseñado por José Manuel de Torres; El islamismo contra el Islam, de Gustavo de Arístegui, por Francisco Javier Zarzalejos; y *Terrorismo y democracia tras el 11-M*, de Edurne Uriarte, por Miguel Ángel Quintanilla Navarro.